

coq [1] no estaría en el Ministerio de Fomento... Pero vamos á otra cosa, que á lo que vengo, vengo; abuí está esta cajetilla de cigarritos habanos como humilde souvenir del día su natalicio..... ¡Y á donde está la botella de coñac? ¡uf! hace un calor tropical ¡¡¡uf!!!!

XVII

**“DON SEBASTIAN PIDO A UD
MIL PERDONES.....”**

La tarde del 25 de Abril de 1886 me habia propuesto visitar el Parque Central en compañía del Dr. Alvarado: era una de esas hermosas tardes que marcan la transición del invierno al verano en estos climas, uno de esos días brillantes y cal

(1) PIERNA DE GALLO llama familiarmente el Sr. Navarro al respetable Gral. Carlos Pacheco: parece que es un apodo que data desde la infancia.—Nota del corrector.

urosos que derriten el último témpano de nieve y hacen brotar las islas azules en el húmedo cendero. Poníame ya mis guantes de color de palo de cereza y abría mi saloncito de recibo, cuando una forma humana me interceptó el paso dicién dome

—Don Sebastián pido á Ud mil perdone... .

El interior de las casas americanas es generalmente oscuro: construidas en breve espacio de terreno, procuran ganar en altura lo que han perdido en extensión. Carecen de patios, y todas las habitaciones se comunican unas con otras, por medio de sombríos y alfombrados pasillos, iluminados en invierno por un globo de gas ó de luz eléctrica.

En aquellos momentos, la penumbra era completa, y solo se distinguía á través de ella los rayos que partían de unos lentes.

—Con que ¿no me conoce Ud Sr. Lerdo? soy Vicente Riva Palacio.

—Hombre, por que no me lo había dicho Ud. antes, pase,

Nos estrechamos las dos manos casi nos abrazamos.

—Pero iba Ud á salir Sr. Lerdo, otro día volví veré.....

—No importa, tengo más placer en ver á Ud. que en salir á la calle.

Nos sentamos.

Riva Palacio es un mestizo de sesenta años, un poco jorobado y patizambo como Don Francisco de Quevedo y Villegas y como éste desbordando en ingenio, pero ingenio en forma agresiva.

Es general, licenciado y literato. Como general no vale nada, como licenciado vale poco y como literato es muy distinguido. Sin ser de la fealdad cuasimódica del Sr. Gochicoa, Don Vicente es una de nuestras más feas glorias nacionales, y vaya si las tenemos fenomenales(1)

Es un temperamento lírico que podría escribir bellas estrofas, sentidos poemas, chistosos libros, pero nunca alcanzará la alta concepción his-

[1] Observen nuestros lectores con que amable dureza trata D. Sebastián al General, sin duda por que éste fue una de las más poderosas palancas que contribuyeron á la caída de aquel ilustre patricio.

tórica y científica que Carlyle llamaba intensity of spirit. Digo este último, porque el Sr. Riva Palacio se ha metido á escribir Historia sin ser un hombre científico, y ha escrito sobre política, adoleciendo de la misma deficiencia. Fuera de su ignorancia en materias científicas y de su profunda erudición en bellas letras, el tal señor es por todos conceptos agradable, apreciable y estimable. Y no se diga que el rencor me obliga á tratarle con aspereza; yo no guardo rencor con las gentes que me ayudaron á bajar del gobierno, sino con las que me ayudaron á mantenerme en él.

Cuando el Sr. Riva Palacio quiere pelear coge la pluma; cuando quiere escribir, coge la espada. Tiene mucha vanidad y mucho talento, quizá más vanidad que talento. Es peligroso como amigo y bueno como enemigo. Le gusta exhibirse y exhibir—exhibir las faltas de los otros y exhibirse como persona de cualidades y cantidades. Una de sus más grandes preocupaciones es la de tener y andar en coche; le gusta ver y ser visto, más que lo vean á él que él ver á los demás. Riva Palacio es un hombre que ha derramado más tinta que sangre: porque estoy seguro que en su

vida no ha matado ni un mosquito. Quitando su vanidad de poeta y de político, es un hombre honrado á toda prueba, incapaz de cometer una violencia cuando se halla en el poder; buen confidenciero, mejor concejero y personalidad en fin, altamente meritoria. De él se puede decir lo que decía Tallérand de sí mismo:

“ *st ce qu' un homme habile jamais besoin de crime? C' est la ressource des idiots en politique*

Le crime est comm le reflux de la mer; il ré vient sur ses pas et il uois, J'ai en des faibleses quelques nus disent des vices; mai des crimes? Fi done!”

* * *

—Voy de ministro á España, me dijo el Sr. Riva Palacio, después de ofrecerme un hermoso puro tuxtleño,

—Singular coincidencia, el mismo puesto con que á mí se me brindaba, le respondí con atenta curiosidad.

—Ah! con que á Ud también.....

—Ni mas ni menos, con la sencilla diferencia de que entonces había cólera en la Península y al

presente no hay más de terremotos..... Pero dígame vd.—proseguí, dando otro giro á la conversación—¿fué cierto que estuviera vd nueve meses encerrado en la prisión militar de Santiago Tlatelolco?

—Exactamente; pero solo fué una pequeña broma de mi amigo el Sr. Romero Rubio.....

—A mí me habían informado que fué motivada por la cuestión del níquel.... que pronunció vd. un discurso borrascoso, aconsejando que los troqueles del níquel fueran quemados en la plaza pública, tal como lo fué la guillotina en París después del 9 thermidor!

—Es verdad todo eso, Sr. Lerdo; pero yo, confiando en la inviolabilidad que como representan la del pueblo se me debía, había dicho como en otro tiempo el Duque de Guisa *ils n' oseraient!*

—Y ya vió vd como no solamente osaron, sino que abusaron..... Pero si no he oído mal, decía vd. que el Sr. Romero Rubio.....

—Fué el autor anónimo de la persecución que yo sufrí? es la pura verdad. El Sr. Díaz obró bajo la presión del suegro..... Estos señores han jugado con mucha inteligencia, pero en los juegos

peligrosos, además de la inteligencia en la acción se necesita la sagacidad en el procedimiento. El último faltó á los Srs. Díaz y Romero Rubio para que su obra fuera una segunda maravilla de maquiavelismo. Entrambos querían nulificar al Gral González como Presidente, rodearle de obstáculos en la marcha financiera de su administración, crearle enemigos en todas las clases, fomentar un espíritu de oposición que sin permitirle nunca llegar á las vías de hecho, mantuviera el partido gonzalista en constante alarma y en menguante prestigio ante la opinión pública. El resultado, dado á hacer comparaciones entre lo pasado y lo presente, siempre juzga con más benevolencia lo que tuvo ante los ojos que lo que tiene á la vista, más aun si entre lo que fué y lo que es hoy la diferencia de la peor á lo pésimo. No se sabe todavía de cual cerebro privilegiado brotara la idea del níquel; lo que si es una verdad tangible es que surgió de la casa de Romero Rubio: sugirió la idea al Gral. Pacheco, alma condenada de Don Porfirio, y de Pacheco pasó sin dificultades á las regiones del gobierno, no ya como una idea ni un proyecto, sino como una imposición del Porfirismo. Por supuesto que se preveía el conflicto y el fracaso, y tan es esto cierto, que ningún financiero protegido de los Srs. Díaz y Romero Rubio, directa é indirectamente, tomaron participación é interés en una empresa cuyo fin era de una certidumbre matemática. Pero con la emisión del níquel, se lograba el objetivo del complot—desprestigiar al gonzalismo y hacer indispensable la vuelta del porfirismo al poder. Y no porque Díaz temiera una infidencia de González sino más bien para aniquilar á éste políticamente al ameritarse él á expensas de su amigo. En todo caso, si Don Porfirio moría, el Sr. Romero Rubio podría sustituirle en la presidencia... Cuando el conflicto esperado hubo de estallar, el Sr. Díaz dió ínfulas de mediador entre el pueblo encolado y el gobernante transgresor..... Zanjada la dificultad, comenzaron luego las alabanzas al mediador, venales las unas y escritas de ante mano, espontáneas las otras é inspiradas en el canal de algunos opositores..... Pero el tiro que el Sr. Romero Rubio, se había clavado hasta el puño en la espalda del gonzalismo....

—Cuanto cieno! no pude ménos de exclamar llevando involuntariamente la mano al pañuelo.

—Algunos diputados tomamos la cosa muy á serio: yo tuve la desdichada idea de pronunciar en la Cámara un vehemente discurso que, haciendo su cómputo aritmético, me costó tantas horas de prisión como palabras contenía.....Granados, Duret y otros muchachos, con cierto instinto burlón, vieron en el negocio del timbre un campo abierto á la oratoria, un horizonte donde desarrollar sus ideales, y arremetieron con brío, no á los hombres de aquella situación que eran instrumentos, sino al hombre de Tuxtepec y sus demás políticos, el gran perjuro.....El Gral Díaz temeroso de que sus maquinaciones fueran descubiertas, é indignado por la audacia de los jóvenes diputados, dijo estas frases iracundas, que se han cumplido al pie de la letra: Mientras viva esos individuos no serán nada en mi gobierno, ni siquiera barrenderos.

Anochece, Espinosa encendió las luces de la habitación y un criado procedió á arreglar la mesa para mi comida ordinaria, de la noche; porque desde que vivo apartado en Lenox House con

solo, tan solo como Job en el estercolero, invité cortesmente á mi huésped, el antiguo redactor en jefe del Ahuizote; que aceptó con llaneza mi invitación, más sediento de mi plática que de mi vino. Cuando atacábamos el "canelón róte" el Sr Riva Palacio dió rienda suelta á su verba prosiguiendo:

—En verdad, Sr, Lerdo que todos nos hemos llevado un chasco soberbio con el Sr Díaz, amigos y enemigos de él los primeros lo teníamos en el concepto de ser un hombre sincero y patriota, aun que un poco débil, y nos ha salido más falso que un diamante de Moises Rojas, mas traidor que Bazaine, y más enérgico que el *Dr Francia* ó Rosas.

Los enemigos, ustedes, se lo imaginaban un idiota incapaz de gobernar de intrigar y de matar.

—Luego también es un intrigante? pregunté al Sr. Riva Palacio.

—No exactamente: cuando se trata de matar no pide consejo á nadie, pero cuando quiere aseñar moralmente, ahí está el suegro que tiene más malas ideas, que Don Javier Osorno, viruelas El

uno fusila y galardona el otro desprestigia y corrompe.

Hay otra bazaña de ese pícaro, de ese "coupe jarret" de Romero Rubio, entró él, Justino Fernández y Chavero proyectaron y redactaron la ley que amordaza la libertad de la imprenta. La idea no podía ser mas luminosa y espléndida en aquellos momentos. el gobierno del Gral. González le faltaba un año para expirar; y expirando entrarían Díaz y Romero Rubio al poder como Pedro por su casa.

Lo que se llama el periodismo no se presentaba muy halagueño alla por el año de 1883; Romero Rubio, Ceballos y otras personalidades altamente desprestigiadas temían volver á caer en el lodazal de donde los había levantado la mano de una mujer, si tornaban á ser flajelados por la manantirada de la prensa.

Así, había que suprimir el artículo constitucional que garantiza la libertad absoluta de la expresión del pensamiento. Suprimirlo al inaugurarse el nuevo periodo presidencial, además de ser un poco tardío arrojaría sobre el porfirismo la ignominia histórica que no se tenía el valor civil de

afrentar. En tanto que si se colgaba el sanbenito al congreso gonzalista, toda la horda goeblichina resultaría tan limpia de su mancha como la ropa interior del Arzobispo. Caifás, aceptó recogido el proyecto de Anás; y un día [el menos pensado] la hermosa ciudad de los albañales despertó al ruido de los cañoncitos, las cornetitas y los soldaditos

—Hombrel! hambrel! se celebraba el natalicio del Sr. Díaz!

—Mejor que eso: se celebraban los funerales de la Constitución!

—Pero el yerno y el suegro se lavaron las manos?

—Naturalmente, Don Sebastián, naturalmente el uno se las lavó con sangre como de costumbre, y el otro en . . . pero peor es meneallo me olvidaba de que estamos en los postres

* * *

El Sr Riva Palacio encendió un puro tuxtleño y seguimos á la mesa hasta muy entrada la noche; al despedirse de mí, díjome no sin un fondo de amarga sinceridad:

—Ah! Don Sebastián! Don Sebastián! yo daría mi brazo por no haber escrito las terribles groserías del Ahuizotel!

La silueta de aquel hombre de mérito, se perdió entre el radio tembloroso y lívido proyectado por un globo de luz eléctrica.

¿Le volveré á ver?

Cuando volví á la mesa y noté sobre una bandeja la ceniza que habia caído del puro del General; quedéme meditativo observando ciertas analogías de accidente entre aquella materia inerte y la vanidad de las cosas y los hombres de este mundo.

Hit jacet pulvis, cinis, nullus.

XVIII

ABRAHAM

A tout seigneur, tocet honneur!

Según el libro del Génesis, el padre de Abraham era un pobre alfarero que se ganaba la vida modelando estatuillas de dioses y de animales

al hijo que no poseía tan felices disposiciones en la ciencia plástica y que por otra parte, era un predestinado, creyó más conveniente haraganear en todo el valle de Menfis sin preocuparse del ayer ni mucho menos del mañana.

En la ociosidad, lo sorprendió la vejez sin haber hecho nada, ni siquiera cohabitar, no obstante que encontraba bellezas orientales á cada paso. Para sacarle de este lamentable olvido, Jeová hizo descender un angel mientras el amigo Abraham tocaba profundamente bajo la sombra de una palmera.

El angel, queriendo allanarle el camino matrimonial, presentóle con una hermosísima doncella llamada Sahara, cuyos ojos eran como dos estrellas fulgurando en la noche silenciosa. El amigo Abraham tenía entonces 75 años y su mujer, 16: la unión, dada la desproporción de edades, no podía esperarse fuera muy fecunda, que digamos.

Un día le apareció Jeová y le dijo: De oriente á poniente y de sur á norte, toda la tierra comprendida desde el delta del Nilo hasta las márgenes del Eufrates, te pertenece, y tu descendencia

será tan numerosa como el polvo de la tierra Abraham era muy dado a los viajes, y andando andando, resultó embarazada su mujer; un angel, que merendó con los esposos una tarde una especie de tamalada el estilo de las del Cabrio, dió la feliz nueva á los esposos. Durante ese periodo de luna de miel, la pareja biblica vivió en una pobreza desesperante, pero he aquí que un rey prendado de la belleza peregrina de Sahara, obsequió á Abraham con una partida de camellos, un centenar de bueyes, dos de ovejas y carneros, algunas vacas y odres de miel. Por supuesto que el Patriarca había convenido de antemano, con su mujer, que ésta pasaría por su hermana, pues de lo contrario, corría peligro de ser descabezado. Con esos ganados y escapando de acechanzas y seducciones, llegaron salvos á la tierra prometida. Después de algunos años de nacido el primogénito, una mañana Abraham se emborrachó con leche de burra, y llamando al chico le dijo: —Mira se me ha ocurrido cortarte el pescuezo, y después quemarte con leña verde; vé á la cúspide de aquella colina, haz una hoguera y dispon te á morir. El muchacho obedeció; más la vigi-

lante Sahara, al fin madre, dió tal paliza á su esposo cuando éste se preparaba á dar el golpe que el pobre viejo murió al poco tiempo de un quebrantamiento de huesos.—En el album del Sr Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada, Diciembre 14 de 1857—M. ROMERO RUBIO.

* * *

Ese día víspera del golpe de Estado de Comoufort, conocí políticamente al Sr. Don Manuel Romero Rubio; queriendo dejarme un recuerdo de esa fecha,—que hoy tengo el derecho de llamar judaica—mi nuevo amigo se puso á escribir en mi álbum el peregrino trozo biblico que arriba dejo copiado. Le acompañaba el Sr. Payno, y hasta muchos días después pude descifrar aquellas líneas para mí cabalísticas: Abraham significaba Comoufort; su hijo primogénito, la Constitución; Sahara, la Patria.....Para que ustedes me entiendan mejor, será preciso decirles que el Sr. Romero, que estaba en el complot del golpe de Estado, venía á hacer cerca de mí el papel de delator; bien que su delación tenía hasta cierto

punto un caracter héroico. El Sr. Romero Rubio era entonces agregado á la Secretaria del gobierno del Distrito, posición análoga á la que ocupa al presente el Sr. D. Ignacio Bejarano, aunque con menos emolumentos y más incertidumbres en las pagas. El joven attaché era una hechura de Comonfort, y servía á un gobierno legítimamente constituido; ¿podía, dadas estas circunstancias convertirse en infidente al Protector y traidor al gobierno? Si el golpe no iba en armonía con sus ideales, debía haber renunciado inmediatamente, acto delicado y pundonoroso en cualquier hombre de honor; pero aceptar implícitamente los términos de un complot, hacerse solidario de ellos, aunque en esfera muy secundaria, para después ir á denunciarlos sin el menor escrúpulo, como se denuncia una mina, es un hecho cuya atrocidad está fuera de todo término de apreciación. Estoy por creer, dada la ambigüedad de la denuncia, que el Sr. Romero Rubio se hizo este pequeño razonamiento:—"Si el golpe de Estado llega á cimentarse, llegaré á ser gobernador del Distrito; si fracasa, mi delación será meritoria á los ojos de los Srs. Juárez y Lerdo, que tam-

bien me elevarán al gobierno del Distrito. Detodas maneras yo salgo ganando." Hay gentes que nacen para ser esbirros, como hay otros que nacen con felices disposiciones para el baile, la cocina ó la poesía; el carácter no varía, se modifica ó altera; pero siempre permanece el mismo. Un árbol que dá frutos venenosos, les dará toda su vida vegetal, aunque en la vejez sean menos tóxicos. Como resultado de ese golpe, el Sr. Juárez fué reducido á prisión, cuando lo fué á ver sus primeras palabras fueron éstas:—"¿Y el Profeta Abraham?" El Profeta que no se había equivocado en su profecía, se equivocó en sus propósitos fué destituido por el gobierno centralista, sospechándolo de connivencia con los liberales. La destitución del Sr. Romero Rubio fué simplemente un acto administrativo; todo se redujo á que el gobierno perdiera un espía que nosotros salíamos ganando. Pero un enemigo pequeño es después de todo un enemigo: entonces Don Manuel, con una imprentita conseguida no sé donde y pagada no sé cuando, fundó un periodiquillo para proyectarle la ponzoña que lo estaba ahogando; habló muy alto de lo que más falta le hacía: de h

nor, de dignidad, de patriotismo. Llegó á ser tan rabiosa su oposición; que mereció los honores de ocho meses á la prisión de la acordada. De eso trataba él precisamente: de que nosotros, en presencia de ese martirologio, no sospecháramos de su sinceridad. Porque se hallaba en la situación de un hombre, que teniendo un abismo á su espalda y á sus lados, tiene que caminar adelante por interés de la propia conservación Miguel mi hermano me había dicho de él: —“No me gusta nada ese intrigantillo; se parece á una estampa de Falstaff que tengo en casa.” La misma repulsión inspiraba á los demás liberales: en cuanto á mí—monstruosa ceguedad de la juventud—no sólo no lo encontraba repelente, sino fatalmente atractivo. Cuando no hay una mujer cerca de nosotros, la amistad llega á adquirir tal vasallaje que suele transformarse en una esclavitud recíproca. Los griegos establecieron leyes reglamentando la amistad: el amigo ingrato, el amigo falso, era flagelado por los sacerdotes del templo de Délos, y sus testículos expuestos al diente de los perros..... Oh sabias leyes helénicas! cuanto necesita mi patria de vosotras!

En 1857, el Sr. Romero Rubio era un joven de 34 años, con las piernas más cortas que el vientre, el vientre más largo que el busto y el busto más pequeño que la cabeza; semejaba uno de esos animales de Australia que no tienen más de cabeza y estómago, digiriendo indistintamente por el estómago y la cabeza. Turbulento y enredador traía en dimes y diretes á los miembros más prominentes del partido liberal, para que la lengua de ese patriota infatigable entrara en réposo; le mandó el comité residente en México cerca de Don Santos Degollado, en calidad de Secretario particular. Pero Don Santos, que era de pocas pulgas y de más pocas palabras, se avino mal con su locuaz secretario, el que dando rienda suelta á la lengua ocasionó varios duelos entre el Estado Mayor de Degollado, siendo de resultados funestos el habido entre el Comandante Trejo y el Capitán Escobar. Cuando aquel jefe republicano se resolvió á atacar á México Romero Rubio desapareció misteriosamente en el camino, y Degollado, en carta dirigida más tarde al Sr. Juárez, se quejaba lacónica pero energicamente, de aquel charlatán que tenía la lengua de bayoneta y el co

razón de gallina. [1] Los acontecimientos de la guerra continuaron en su natural desarrollo, con alternativas de tiempo y de reveces. ¿Pero á donde estaba el Sr. Romero Rubio, espejo y luz de la chismografía en campaña y del chisme á domicilio? Ya le creía muerto cuando me escribió desde Pachuca, á Veraacruz, diciéndome que se estaba curando de una herida!!!— ¿La herida es en la lengua? me preguntó el Sr. Juárez con benigna y plácida sonrisa. A este proposito, no hase muchos días que leyendo una especie de biografía del Sr. Romero me encontré con la portentosa nueva de que en el asalto de México de 1860 una bala le mató el caballo al pie de Chapultépé y esto no es cierto por dos razones, la primera, por que el Sr. Romero Rubio jamás ha montado á

[1] Próximamente publicaremos la biografía del Sr. Romero Rubio dando á conocer al público detalles de su vida que caritativamente calla el Sr. Don Sebastián Lerdo de Tejada

Nota del Corrector.

caballo, y la segunda, porque no se ha hallado jamás en un campo de batalla. Es ridículo suponer un guerrero donde no hay siquiera un hombre. Las fuerzas constitucionales entraron en la capital el 25 de Diciembre de 1860, después de haber abandonado la plaza el Gral. Miramón. El Sr. Juárez y yo, arribamos á la misma el 11 de Febrero de 1861. En Marzo del mismo año, se me presentó el Sr. Romero Rubio, abrazándome con tal entusiasmo en presencia del Sr. Juárez, que éste díjome más tarde:—«Cuídense vd Señor Lerdo, de los hombres que lloran y de los hombres que abrazan.» En el curso de algunos meses nació la primogénita de mi condiscipulo de San Gregorio; invitóme para que la lleváramos la bautisterio, pues parece que la mejor manera de enseñar á un amigo, es hacerlo su compadre. La bautizamos el día de Nuestra Señora del Cármen y distribuí bolos entre la familia, y la misma noche fui invitado á una tertulia. Con ese lazo de parentesco espiritual, mi compadre el Sr. Romero Rubio, adquirió dos privilegios: el de tutearme y el de traicionarme. Pero en mi obstinación, yo no quería escuchar las advertencias de mis ver-

daderos amigos; veía en Don Manuel un amigo que le juzgaba con el criterio de un amigo. En el conflicto surgido entre los Sres. Juárez y González Ortega, mi compadre me coludió en un chisme que estuvo por orillarme á un disgusto con el Presidente. Conocedor de este incidente D. Pedro Santacilia, entonces novio de una hija del Sr. Juárez, díjome, con ese dejecillo cubano que le hizo tanta gracia:

—No tiene vd. remedio Sr. Lerdo, y hay que referirle el cuento del borracho de Atarés..... porque Atarés es un barrio de la Habana; ¿vd. comprende?

—Vamos, hombre, suéltelo vd.

—En ese barrio de Atarés había un borrachito que para curarlo de la embriaguez, acordaron sus parientes meterlo en un cajón de muerto en los momentos en que dormía la mona. Un amigo permaneció cuidándolo de cerca: cuando el borrachito despertó, ya disipados los humos del vino se restregó los ojos y volviendo la vista por los dos lados preguntó:—¿ En donde estoy?

—Te has muerto! replicó el amigo con tono sepulcral.

—Pobrecito de mí ¿y cuanto tiempo hace que yo me he muerto?

—Tres días!

—Pobrecito de mí! Y vd. amigo, ¿también se ha muerto?

—También.

—¿Y cuanto tiempo hace?

Tres semanas.

—Pobre, pobrecito de mí! Pero dígame, amigo, vd. que ha muerto primero, ¿podrá decirme donde puedo comprar un trago de aguardiente para curarme?

XIX

VENTREN FERI

“Ciudad de México, Enero 1º de 1885.—Sr. Lic. Don Sebastián Lerdo de Tejada,—Muy querido padrino: Si continua vd. disgustado con Papá, no hay motivo para que vd. persista en estarlo conmigo: sabe vd. mejor que ninguno, que mi matrimonio con el Gral. Díaz fué obra exclusiva

de mis padres, á quienes por darles gusto he sacrificado mi corazón, si sacrificio puede llamarse el haber dado mi mano á un hombre que me adora y al que yo solo correspondo con filial cariño. Al unirme con un enemigo de vd. no ha sido renegar de vd., al contrario, he querido ser la palma que con el ramo de oliva apaciguara las tormentas políticas de mi patria. No temo que Dios me castigue por haber dado este paso, que el mayor castigo sería tener hijos del hombre que no amo, no obstante respetarle, estimarle y serle fiel toda la vida. No tiene vd., padrino, nada que reprocharme; he obrado con perfecta corrección dentro de las leyes sociales, morales y religiosas. Puede culparse á la Archiduquesa María Luisa de Austria por su enlace con Napoleón? Desde mi matrimonio estoy siempre rodeada de una turba de aduladores tanto más despreciables cuanto más improvisados, no les falta más de caer de rodillas y besar mis pies, como aconteció con las princesas de los cuentos de oro.

Desde el diputadillo que todavía ayer conocí de pordiosero hasta el ministro que no hace mucho pedía una peseta para comer, en escala

ascendente y descendente; todos se atumultan y atropellan, mendigando un saludo, una sonrisa, una mirada. Los mismos que en un tiempo no remoto hubieran rehusado darme la mano al verme caer en la banquetta, hoy se arrastran como reptiles á mi paso, y se considerarían dichosos si las ruedas de mi coche pasaran sobre sus inmundos cuerpos. La otra noche al escupir en los pasillos del teatro, un general que iba á mi lado interpuso su pañuelo para que la saliva cual preciosa perla, no cayera en el embaldosado. Si hubiéramos estado solos de seguro que el desgraciado convierte la boca en escupidera. No es ya la lisonja exquisita de gente educada, es el brutal servilismo de la gentuza en su forma mas animal y repulsiva: en la del siervo. Los poetas, los poetillos y los poetastros me martirizan á su modo, es algo como una tromba de tinta capaz de negrecer el mismo oceano. Esta calamidad irrita mis nervios a tal extremo, que a veces me vienen síncope de histérico. ¡Horrible! ¿no es verdad, querido padrino? Y nada digo á Ud. de los párrafos y artículos que publica la prensa que Papá tiene alquilada los que no me llaman á un-

gel dicen que soy un querubín. otros me elevan á la categoría de diosa, lo s. e más allá me colocan en el firmamento como un astro, y los de más acá me bajan hasta la botánica clasificándome entre los lirios, las margaritas y los jazmines. A veces ni yo misma sé si soy un angel querubín diosa astro, lirio; margarita jazmín ó mujer. ¡Dios mío! ¿quien soy para que se me deifique y se me envuelva en esa nube de fétido incienso? ¿Quién Ay! Padrino soy muy infortunada, y espero, no me negará Ud sus consejos.

CARMEN.

* * *

¡Pobre víctima! yo no te acuso, y te compadezco. Eres la mariposa de alas de seda aprisionada en el cráneo del a-no!

En los hombres sanguinarios y crueles la impotencia sexual comienza á los cuarenta años.

En las deor:tales se le definió: "rígidi et maleficiate" y se creía con Petronio que las brujas tuvieran parte en ella.

Enrique IV de castilla de una perversidad in-

ferior á la del Sr. Díaz, quedó impotente al cometer los primeros asesinatos: el Arzobispo de Toledo autorizó el divorcio á pedimento de la mujer del asesino.

Alfonso, rey de Portugal, en el siglo XVII, tuvo hijos bastardos en su juventud, pero al casarse a los cuarenta años con la Princesa de Nemours, demostró que si tenía aptitudes para matar, no las tenía para engendrar.

La naturaleza no solamente es lógica es justa y justiciera, si los animales venenosos fueran tan fecundos como los peces ó las moscas, la lucha por la existencia, para el hombre, sería funesta y batalladora.

Ejemplos:

El Sr. Gral. Díaz solo ha tenido dos hijos: una hembra y un macho, de la primera víctima.

El macho ó varon dicen que es un pequeño imbécil.

El Sr. Romero Rubio solo ha engendrado hembras.

Los Srs Baranda [Pedro y Joaquín] no han engendrado varones ni hembras ni siquiera fetos: —son dos eunucos.

Vidal Castañeda y Nájera: 0 x 0

A ser pródigo en hijos éste último, México se transformaría muy en breve en una especie de Cafraría.

Liberanos Dóminel

Sobre este tema se podrían escribir volúmenes: no solo considerado el fenómeno bajo su faz histórica, sino también bajo su aspecto fisiológico.

En nombre de la humanidad del futuro, yo en vío un voto de gracias á mi ex ahijada Carmeⁿ Romero Rubio.

Y con mis gracias va mi perdón.

* * *

Quando yo tenia 50 años estuve á punto de casarme con la señorita M, joven de 20 primaveras: me enamoré en un baile que se dió en México al Gran diplomático americano, Mr. Seward. Las flores, los perfumes, las joyas centelleantes, los senos temblorosos y las luces, me intoxicaron de tal suerte, que me sentí joven y que se amar feliz y ser amado. era yo entonces Ministro en el Gabinete del Sr. Juárez.—persona grata, matrimonialmente hablando, mis galanterías fueron aceptadas: al finalizar el baile tuve el

capricho de pedirle un guante que ella me tendió sonriendo. Torné á mi casa lleno de ilusiones y de champaña: me metí á mi lecho á las tres de la mañana estrechando convulsivamente, entre mis manos, el perfumado guante, que parecía conservar todavía el calor de la manecita que lo llevara aquella noche!.....

Pero que terrible fué el despertar! La irritación de la trasnochada y el licor habían inflamado mis ojos descomponiendo el semblante: me ví al espejo y retrocedí: estaba en presencia de una máscara o de mi propia cara? Y si mi propia imagen me disgustaba, ¿que sería contemplada por otros ojos que no los míos? Recogí el guante, que había caído en la alfombra, lo besé, y después, encendiendo una bugía, lo incineré

Las mujeres aman la fuerza, la virilidad y la juventud: es más fácil que una mujer se prenda de un joven idiota bien formado, que de un viejo muy inteligente y muy rico. Es más todavía: pondrá dos jóvenes gustando por la mano de una bella, talentoso el uno, pero feo; estúpido el otro pero guapo. La dama, se inclinará irremisiblemente por el último aun después de haber palpa

do su majadería. Las mujeres más distinguidas y cultas sucumben á ese fenómeno destético: Jorge Sand no abandonó á Alfredo Muzett por un gallardo patán? En el mundo femenino abundan también espíritus prácticos: éstos se unen con hombres viejos y ricos, sobre todo ricos aunque sean deformes. Y no es que difieran en sus acciones de sus hermanas, sino que poseyendo más fuerza de voluntad, amortiguan la imaginación con la energía del cálculo. Evidentemente que en igualdad de circunstancias, preferirían maridos apuestos, opulentos y geniales, á consortes ancianos, millonarios é intelectuales. No hay excepción: si se dan casos en contrario, no es el amor el que los determina sino más bien el despecho u otra pasión más innoble y oculta todavía.

Si espacio tuviera para desarrollar esa doctrina pesimista aduciría numerosos ejemplos para demostrar plenamente lo verdadero de ella; pero me siento enfermo y débil, y mi pluma va arrojándose por el papel como el oso herido y agonizante se arrastra por endurecida nieve.

Mi virtuosa ex-ahijada se queja del apoteosis que ha hecho en su torno la adulación: la compa-

dezcól. Cuando el incensario es agitado por esclavos; solo alcanza el incienso á los ídolos: cuando es agitado por sacerdotes, llega hasta los Dioses.

En México hemos tenido dos imperios: el de Iturbide y el de Maximiliano pero en ninguno de ellos las respectivas emperatrices fueron objeto del culto idólatra [oficialmente hablan lo] que al presente es objeto mi ex ahijada.

Para que esa adulación colectiva subsista, es preciso que se alimente en alguna parte: ese alimento es la corrupción administrativa y la degradación moral. Un hombre de mérito se hace valer por sí mismo; un hombre nulo busca quien le valga. ¿Y qué más poderoso valimiento que el de la esposa del presidente, del ministro del gobernador ó del favorito? Cuando no se puede llegar hasta la mujer legítima, se aborda á la manceba del favorito á la manceba del gobernador, á la manceba del ministro, ó á la manceba del presidente. En un pueblo donde la mujer es vasalla políticamente, es porque el hombre se ha embajecido terriblemente. No hay sofista que pueda refutar esa profunda verdad:

Dicen que la pluma con que fué escrita la ley élica, fué arrancada de una aguila de dos cabezas. ¡Oh ley sapientísima! cuanta falta nos hace en América Latina!

Los puñados de mirra que concluirán por ahogar á mi ex-ahijada [si un viento de Fronza no los disipa] no son arrojados por manos populares, sino más bien asquerosamente mercenarias.

Demostración:

¿En todos esos motines amistosos no figura como capataz, un tal Ordoñez, ayer Zapatero sin zapatos y hoy diputado y municipe y policía secreto cerca de los obreros?

Ese original ciudadano, á fuerza de cohetes, ha subido hasta las nubes.

Luego, sus manifestaciones, no solo son artificiales, sino que tienen la circunstancia agravante de ser venales. El Zapatero Ordoñez es un fatigable adulator: bien que él obedece las órdenes emanadas del amigo Rigoletto, el del gobierno del Distrito, quien á su vez las recibe del Sr. Romero Rubio. Es algo como un oleaje que va á morir al borde de la cama del Dictador.

La dignidad, como la galantería, tienen sus

límites, si yo me descubro ante una Señora, obra dentro de una órbita digna; pero si me quito el frac y lo arrojó á sus piés para que pase sobre él; no solo cometo un acto ridículo, sino además degradante.

La linda Mrs. Francis Cléveland, siendo Presidente de los Estados Unidos su marido, recomendóle una vez á cierto sujeto para un empleo lucrativo. Mr. Cléveland le respondió:

—Lo pensaré

Y al día siguiente regaló á su mujer un diamante primoroso.

Pasaron días y ella volvió á insistir en su recomendación. El presidente le replicó:

—Lo pensaré.

Y al otro día le regaló un Zafiro.

Picada la curiosidad femenil con tan extraño proceder, interrogóle una noche:

—Dime, Cléveland, por qué siempre que te hablo de mi recomendado, me haces al otro día un valioso presente?

—Es—le respondió él— para que me pidas cuanto desees, menos un favor que se relacione con la política.

Cuando el amor ó la maternidad no ocupa el alma caritativa: ¿es la única dama que en Méjico ejerce ese noble sacerdocio? Si es la única, demuestra que las demás no lo son, y en consecuencia la capital á llegado á un extremo de plorable de perversión. Si hay otras muchas ¿por qué se les deja en la sombra, siendo que solo se trata de aplaudir un acto humanitario agra no á la política?

Los fondos que distribuye entre los pobres la Señora Díaz son de su esposo: éste, además de haber hecho á los pobres, ha despojado á los ricos. Luego, esas limosnas no son mas de una restitución, y por tal motivo se derivan de un deber y no de una bondad. Esto es lógico.

Filosóficamente considerado, la esterilidad del matrimonio Díaz Romero Rubio es un bien para la patria y un beneficio para la mujer: aquella no tendrá Neroncillos y ésta nunca podrá lanzar la suprema y amenazante queja de Agripina:

—¡ Ventren feri. !

EL ASESINATO DE GARCIA DE LA CADENA.

XX

Trinidad García de la Cadena era un ranchero de no pequeño corazón; más bien bajo que alto, grueso y doblado, de cara ancha y facciones toscas, la expresión fisonómica tenia cierto sello de rudeza que á primera vista desagradaba, pero que después, haciéndose familiar, agradaba y complacía. Había en su semblante algo de la fiereza de los primeros conquistadores, idéntico fuego en los pardos ojos, singular audacia en la mirada de acerados reflejos; al verlo, se echaba de menos el corcelete de los pujantes caballeros de la edad media. Dotado de una fuerza brutal, ahogaba un caballo entre sus rodillas; con una constitución de bronce, resistía á las tremendas fatigas de la campaña de guerrillas en perfecto estado de salud. En tiempo de guerra—que fué

toda su vida — apenas comia, dormitaba á caballo, é incépsantemente bregaba en los campos. Ese hombre no conoció mas almohada que las pie dras del camino ni más colchón que el de los abrojos del monte ó la llanura: su descanso era el pelear.

Sus proezas desde el Plan de Ayutla hasta la muerte del Sr. Juárez, son de un carácter que yo defino con una sola palabra: épicas!

Nacido en el Estado de Zacatecas é hijo de un rico hacendado, dió á conocer su temerario valor á los dieciocho años. Un día se recibió en la Hacienda la noticia de que una cuadrilla de bandidos santanistas se acercaba, incendiando á su paso las fincas de campo pertenecientes á los sospechados de liberales, fusilando familias enteras. Habia en la Hacienda unos cuantos moquetes viejos, algunos machetes y unas libras de pólvora: con mozos y peones, no llegaban á veinte los hombres en disposición de hacer defensa. El pánico se apoderó de todos, y especialmente del padre de García de la Cadena, que huyó apresuradamente a los bosques.

El joven Trinidad no quiso huir: acompañado

de dos peones tan valientes como él, dispuso que se preparara una esplendida cena á los huéspedes por llegar: los mozos hicieron todo lo que les mandaba el amo, no obstante sorprenderse de aquel mandato. Cuando ya estaba la mesa puesta y todo listo, García de la Cadena les dió secretas instrucciones? Allá á las 11 de la noche la esquila de la Hacienda anunció el arribo de los santanistas; eran cien bandidos al mando de un comandante llamado Lémus, rufian de los más peligrosos, mulato hercúleo y sanguinario, una especie de Porfirio Díaz, del futuro. El joven Cadena los salio á recibir hasta el patio, y dijo que tenia lista una cena exclusivamente para los jefes. Estos se instalaron en la mesa en número de cinco en tanto que los soldados se esparramaron á pillar en las casuchillas de la Hacienda.

Dos puertas contenía la sala de comer; las dos habian sido perfectamente cerradas con gran disimulo, quedando dentro los foragidos, García de la Cadena y sus dos mozos.

Este se adelantó hasta colocarse junto al jefe y le dijo muy pausadamente:

—Con que vd. viene á quemar nuestra hacienda?

—Por supuesto, muchacho, y a tí voy á colgar te de un mezquite.

Apenas habia dicho estas palabras cuando García de la Cadena, desenvainando un machete que llevaba oculto le dió tal machetazo que tajó el craneo. El facineroso cayó muerto, antes de que sus compañeros pudieran reponerse de la sorpresa, fueron muertos á su turno el joven hacendado y sus dos sirvientes.

Después montaron á caballo, volviendo á por con refuerzos, y exterminando por completo á la gavila, terror hasta entonces de las fincas rurales.

La impulsión estaba dada. Cadena se lanzó a la lucha filiándose en el partido liberal, asistiendo mas tarde á la acción de Calpulalpam, y en todas las batallas libradas contra los conservadores. En cada encuentro conquistaba un triunfo, y siempre se le veía en lo más recio del combate, desplegando tal bravura, que una vez dijo de él el General Miramón—«Si todos los chicanos fueran como ese rancharo, habría que ro-

per mi espada [1]

Restaurada la República en 67, García de la Cadena volvió á su estado natal dedicándose por completo á las labores agrícolas en una de sus haciendas.

Hasta aqui, la vida de ese patriota es hasta cierto punto immaculado, su nombre no habia sido tan prominente en la guerra de intervención como lo fueron los de Escobedo y Régules; pero si suficientemente glorioso para crearle gran prestigio en Zacatecas y de no común valia en toda la República. Entre los años de 69 y 70 el General García de la Cadena Gobernador en los Estados de Zacatecas, secundó el movimiento de San Luis, desconociendo al Sr Juárez y figuró como jefe de las fuerzas sublevadas de ambos Estados.

Otros republicanos de mérito como los Generales Ignacio Martínez, Granados, Irineo Paz, y Guerra & &, fascinados por utópicos bienes

[1] Conde Keratry "Elevación y caída de Maximiliano" Cap. XIV pág. 112.

para su país y secretas insinuaciones del Sr. Díaz, se unieron al Sr Cadena con sus respectivos contingentes formando un total de fuerzas que amenazaba seriamente al gobierno constituido. Y la situación llegó á ser tan grave, que en consejo de ministros acordamos abandonar la capital si las tropas sublevadas avanzaban directamente hacia México. Por fortuna éstas se dirigieron sobre Guadalajara, libraron la sangrienta batalla Tololotlán, tirotearon los suburbios de la capital de Jalisco y después acampados en Lo de Ovejo, pelearon con indomable bazarria contra los soldados federales, y no ser por la desertión de las caballerías de Guadarrama, el triunfo de los revolucionarios habría sido decisivo y de funestas consecuencias para el gobierno.

Mas tarde; entre 71 y 72, cuando el Sr Díaz proclamó el plan de la Noria, rebelándose contra Juárez, el Jefe zacatecano fue inducido á sublevarse por el jefe oaxaqueño, secundando en todas sus partes aquel plan cuya forma tentadora costó millares de vidas. Igual paso dió cuando el plan de Tuxtepec: bien sabía el diablo á quién

se le aparecía: Don Porfirio estimaba la audacia de García de la Cadena, su prestigio en Occidente, su actividad prodigiosa, sobre todo, la lealtad de su carácter.

Derrotado ó vencedor García de la Cadena siempre estuvo con las armas en la mano defendiendo al General Diaz y sus mendaces planes; yo le ofrecí indulto y distinciones en 1874, pero él, por conducto del Sr. Raigoza, respondióme en una carta "que no tenía mas de una vida y que la daría gustoso por elevar á Diaz á la presidencia"

No era ya un revolucionario, era un fánatico; su amor hácia Don Porfirio pasaba los límites del culto y llegaba hasta los de la idolatría. El Coronel Ordoñez había referido que si alguna vez se encontraba frente á frente con el General Diaz lo mataría como á un perro. García de la Cadena lo supo, y por este solo dicho, fué algo mas tarde al hacerlo prisionero, al Coronel Ordoñez.

Triunfó la usurpación y García de la Cadena fué elegido Gobernador de Zacatecas, en tanto que el Sr. Diaz se encaramaba á la presidencia.

En proporción, merecía más la primera magistratura Don Trinidad García de la Cadena que Don Porfirio Díaz: los dos, ante la Historia, aparecen como revolucionarios; pero aquel es un revolucionario que se bate, y éste un revolucionario que corre. El primero es un taciturno; el segundo es un charlatán.

* * *

¿Porqué el Sr. Díaz mandó asesinar al General García de la Cadena?

El amigo Díaz ha sido locamente derrochador en eso de prometer: prometió la presidencia á Benítez, la prometió á Vallarta, á García de la Cadena, á Tagle, á Zamacona y á Treviño. Por supuesto que diciéndole á cada uno—'que le guardara el secreto con los demás' La media docena de pretendientes se miraban unos á los otros con cierto airecillo de lástima como diciéndose para sí;—Oh! si éste supiera el inmenso secreto que llevo consigo! si sospechara siquiera que dentro de poco seré el Supremo Magistrado!"

En esa risueña expectativa, todos y cada uno de esos señores se entregaron en cuerpo y alma

al General Díaz, en la inteligencia de que éste apoyaba secretamente sus respectivas candidaturas. Así llegada la hora del desengaño y el engaño, los candidatos chasqueados fueron retirados de la arena pública á latigazos con excepción de García de la Cadena, á quien tenía el futuro Dictador y cuya sombra le amedrenta todavía. No pudiendo nulificarlo, era preciso matarlo; al efecto, compró con oro y deslumbrantes promesas un Judas: ese Judas se llama Jesús Aréchiga. Dos veces estuvo á punto de ser asesinado el benemérito caudillo: una vez en su propia casa y otra en sus encrucijadas. Acudió á México, y en una entrevista con el hombre que llora, éste le ofreció toda clase de garantías siempre que no saliera de la capital. Vivió en una casa de la calle de Tacuba espiado, asechado, materialmente estrechado en un círculo de esbirros y polizontes. Pareciéndole insoportable y odiosa esta situación, García de la Cadena resolvió abandonar el país y radicarse temporalmente en los Estados Unidos: habló con su sobrino el Sr. Raigoza para que éste solicitara del General Díaz un salvo conducto que le permitiera

sin riesgo ir á Zacatecas; á arreglar sus intereses y de allí seguir para los Estados Unidos con toda su familia. Pasaba esto á mediados de Octubre de 1886. El Sr. Díaz, que cavilaba desde hacía algún tiempo la manera de deshacerse de García de la Cadena, acogió regocijado la petición, expresando al Sr. Raigoza que el proyecto de su Tío no podía ser más oportuno, conveniente y sabio, ofreciéndole toda clase de garantías, ordenaría que fuese escoltado hasta el Paso del Norte. La acalorada vehemencia con que fué aprobada su idea de expatriación voluntaria, inspiró vivas sospechas y desconfianza en el ánimo suspicaz de Don Trinidad; pero la ardiente persuasión de Genaro Raigoza que quedaba en la capital velando por el cumplimiento de la palabra empeñada, disiparon aquellos temores que adquirían ya la forma de un presentimiento. Las mujeres que dedibo á su sensibilidad nerviosa tienen el instinto del peligro mas desarrollado que los hombres, las mujeres, digo, de la familia García de la Cadena, —esposa é hija— imploraron del esposo y del padre, que de hacer el viaje lo hiciera por Veracruz.

Inútilmente, la fatalidad como la belleza atraen con mano invisible, pero mano de hierro.

Mientras el General zacatecano hacía sus preparativos de marcha enfundando baules y enseres de familia, el telégrafo federal de la línea de México á Zacatecas vibraba día noche con telegramas cifrados cambiados entre el General Díaz y Don Jesús Aréchiga. Cuál era el texto de esos mensajes, que según el dicho posterior de un telegrafista, contenían en totalidad quince palabras.

El día 24 de Octubre de 1886, García de la Cadena salió de la capital con dirección á Zacatecas deteniéndose dos días en esta población, yendo después, acompañado de su sobrino el Coronel Lizaldí á su hacienda de la Calera.

Permaneció en esta finca tres días inventariando sus bienes é instruyendo al mayordomo de lo que debería haber durante su ausencia. Deseaba residir más tiempo en ella, pero sintiéndose gravemente enfermo de disenteria al extremo de no poderse tener en pie; acordó volver á Zacatecas para consultar un médico. Así lo hizo el 10 de Noviembre á la madrugada, el General acom

pañado de Lizaldi, subió en una carretela tirada por un tronco de mulas, mandando al cochero que se detuviera en la primera Estación del Ferrocarril Central, que distaba de allí unas cuantas leguas.

Hacia un frío terrible: el General, profundamente abatido y febricitante, yacía aletargado en el fondo del carruaje, envuelto en dos grandes cobertores: Lizaldi, sombrío y pensativo, no cesaba de azuzar al cochero para que apresurase el paso de las mulas; El sol radiaba ya en los campos y la jornada estaba por terminarse cuando del recodo del camino surgió de improviso una partida de ginetes pertenecientes á las fuerzas del Estado; los que rodeando la carretela y apuntando con los rifles á los viajeros, les ordenaron echar pie á tierra profiriendo las más atroces blasfemias. Lizaldi que á primera vista había confundido aquella turba de asesinos por una gavilla de ladrones, se tranquilizó al ver que vestían el uniforme de los soldados del estado; y juzgando que aquello sería una equivocación explicó quien era él y quien la persona que le acompañaba.

—Precisamente andamos en busca de García de la Cadena—respondió el que hacía de jefe de aquellos salteadores.

Y acercando su caballo al carruaje, inclinó la cabeza diciendo:

—Baje Ud. General. no se trata de hacerle daño

El General bajó, apoyándose de los hombros de Lizaldi: tanto él como el Coronel, estaban desarmados. Apenas pisó el suelo, García de la Cadena, que estaba muy débil, se apoyó con las dos manos en los radios de una de las ruedas No bien lo había hecho cuando una descarga cerrada; disparada por detrás le tendió en tierra acribillado de balazos lo mismo que al malogrado Coronel Lizaldi. El cráneo de García de la Cadena estaba completamente deshecho: los dos cayeron de frente. Los asesinos pasaron á caballo sobre los cadáveres, lanzando alaridos siniestros y gritos salvajes de: ¡¡Viva Porfirio Díaz!!! [1]

[1] El asesinato del Gral Corona fué todavía más horrible: Díaz lo mismo manda matar en poblado que en despoblado; si Juárez y Lerdo no hubieran muerto, los hubiera asesinado.

UNA RAMA DE CIPRES

XXI

Hoy es el aniversario de la muerte del que fué mi mejor amigo, Ramón Guzmán.

Ramón era un hombre de genio, no de esos genios que hacen bonitos versos y escriben sonoras palabras, sino el que Goethe definía: la facultad científica de hacer del número una fórmula de progreso.

Esa definición, lo mismo puede aplicarse al financiero que al astrónomo, al matemático que al inventor, al innovador en ideas como al innovador en principios.

Debido á una criminal rutina combinada con defectos de raza y educación, México ha confundido groseramente a los hombres de talento con los charlatanes de audacia: Alfredo Chavero con Gabino Barreda.

El carácter mexicano entra por mucho en esa ridícula interpretación: nos gustan las palabrotas, los cascabeles, la polvareda.

Un zángano cualquiera se pone á pulir frasecillas, cita á trochemoche á Dante y Miguel Ángel, y publica sus disparates en un periódico ó librejo:

—¡Qué talento de jóven! dice el primer idiota al segundo con quien habla.

Esa opinión corre y crece con la inconciencia de una bola de nieve.

Y allí tienen ustedes una reputación hecha y derecha: no la tumban ni los orines de todos los perros de la ciudad azteca.

El género poético es mejor retribuido todavía el palabrista mide y rima sus palabras, las pinta con bermellón, y les dá tantos giros y revueltas, que concluye por encandilar al público, ya de suyo inclinado á esa clase de escenas pirotécnicas.

Las celebridades mexicanas nacen á la luz de los cohetes: para ellas, mejor que la tinta, debió haberse inventado la pólvora.

Lo grave del asunto es que ni esos cohetes